

# PARTE I



# ANNA CUSACK

**Gold Coast, Chicago**  
**19 de febrero del 2039, 07:32 horas**

**S**uperTrish y Flap todavía estaban haciendo de las suyas. El primero, un personaje verde con capa de superhéroe, volaba en círculos, mientras que el segundo, una especie de pelota de trapo con ojos saltones, rebotaba por las paredes.

Anna, vestida con su pijama de cuadros, se calzó las zapatillas. Se levantó del sillón que estaba junto a la cama de su hijo y dobló la manta con la que se había tapado. Apagó el Watch&Fun y SuperTrish y Flap desaparecieron como si la pared se los hubiera tragado.

Había sido una noche difícil, Sam se había despertado varias veces, la última sobre las cinco de la mañana. Anna había permanecido a su lado, sujetando su mano, mientras esperaba a que la última inyección le hiciera efecto. Se acercó a la cama y observó al niño. Por fin, descansaba tranquilo.

La noche era siempre peor que el día. En la negrura se le disparaban la ansiedad y los malos presagios. Acarició la mejilla de su hijo, le pareció que estaba un poco caliente. Al retirar la sábana pudo ver la chaqueta del pijama arrugada alrededor de su pecho. Se la alisó delicadamente, con cuidado de no despertarle.

Salió de la habitación y caminó por el salón para estirar las piernas mientras elevaba los brazos hacia el techo. Se detuvo fren-

te a la ventana. Sabía que allí estaba el lago, aunque una vez más, debido a la contaminación, no se podía ver. En las noticias de la noche anterior habían aconsejado que se evitara la exposición continuada al aire libre.

Anna se recogió con las dos manos el pelo negro que le caía por la espalda y se hizo un moño. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ir a la peluquería? En contraste con su pelo, su piel era muy blanca y bajo los ojos se le dibujaban unas profundas ojeras. Miró la hora en su antebrazo; en pocos minutos, tendría lugar una importante reunión de Lebab, la ilegalizada organización. Yumiko había fallecido hacía tan solo unas horas. Toda muerte produce dolor, se dijo Anna sintiendo un nudo en la garganta. El fallecimiento de su compañera, sin embargo, supondría también un paso importante en las investigaciones de Lebab.

Digitó en su dispositivo para realizar una videollamada. Aunque los dispositivos eran el principal medio de control del gobierno, los miembros de Lebab contaban con *hackers* que les facilitaban las comunicaciones sin dejar rastro de ellas. Las conversaciones, audios e imágenes se codificaban y se superponían a frecuencias ya existentes de comunicaciones reales.

La imagen de su padre sentado en una sala de reuniones apareció en la pantalla de su antebrazo.

—Hola, Anna. ¿Estás en casa? —preguntó Edmund sorprendido.

—Sí. Te llamo para decirte que no iré a la reunión. Es mejor que me quede en casa...

—¿Sam ha empeorado? —La voz de Edmund no ocultaba su preocupación.

—Hace dos horas envié un mensaje a Lucy para que no viniera, prefiero quedarme yo con él. Hemos tenido una noche difícil.

Anna y su padre siempre habían estado muy unidos, pero, a partir del nacimiento de Sam, su relación se había afianzado aún más. Edmund había sido su único apoyo. Sam nació con síndrome de Pavel-Schwartz, una de los siete mil tipos de enfermedades

raras conocidas, en su mayor parte genéticas. Anna todavía recordaba las palabras del doctor Strauss cuando por fin dio con el diagnóstico. Se trataba de una patología letal. La deficiencia de una enzima llevaba a la acumulación de una sustancia en los lisosomas de las células que perjudicaba a diversos órganos como el corazón y los riñones. El ochenta por ciento de los pacientes fallecía antes de cumplir los cinco años y el resto no superaba los siete.

El padre de Sam, Brandon, se sintió desbordado por la situación desde el principio. El deseo de tener un hijo al que enseñar a jugar al béisbol y con el que pasar los fines de semana en la cabaña familiar de los lagos se desvaneció. Sam nunca sería el hijo con el que había soñado. Para él, la mejor solución era internarlo en un buen hospital en el que tendría los cuidados necesarios. Brandon estaba acostumbrado a solucionarlo todo con dinero; a fin de cuentas, era hijo de los McDowell de Boston, una familia acaudalada gracias al negocio del acero.

Anna, sin embargo, no estaba dispuesta a internar a su hijo. Las diferencias irreconciliables en el matrimonio culminaron en el divorcio. El acuerdo económico al que llegaron supuso una importante indemnización económica para Anna, que dejó su trabajo en un conocido estudio de arquitectura para cuidar a Sam. Brandon, por su parte, se trasladó a Singapur, donde se hizo cargo de una de las empresas de su padre, que distribuía materiales de construcción a todo el sudeste asiático. No se habían vuelto a ver desde el divorcio.

En los últimos meses, Anna sedaba al niño cada vez con más frecuencia. Había aprendido cuidados de enfermería y ella misma le ponía las inyecciones para paliar el dolor. Los momentos en que podían ver una película juntos o jugar a algo tranquilo eran escasos, por eso vivía cada uno de ellos como algo precioso. El tiempo de Sam se acababa y tanto ella como Edmund lo sabían.

—Ahora está tranquilo. —Anna se acercó a la habitación y giró el antebrazo para que su padre pudiera ver al niño—. Duerme.

Sam tenía el flequillo pegado a la frente, la piel blanca, casi traslúcida, y la boca un poco abierta.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó Edmund. Anna se alejó para no despertar al niño—. ¿Por qué no intentas dormir tú también un poco? —insistió su padre.

—Yo ya no duermo apenas. Y si lo hago, sueño que estoy despierta.

Anna tenía la impresión de que su cerebro era un motor averiado que no había forma de apagar.

—Procura descansar. Tómate las pastillas que te di.

—Esta noche quizás.

Edmund se fijó en la hora.

—Dime, ¿estás nervioso por la reunión? —preguntó Anna.

—Mentiría si te dijera que no. Estamos cerca, hija.

—¿Sigues convencido de que el DeltaLife funcionará?

—Así es. Creo que el momento ha llegado... Ahora tengo que preparar unas cosas. Te llamaré más tarde, cariño.

Cuando la imagen de Edmund desapareció del dispositivo, Anna regresó a la habitación y se acercó a Sam. Miró con inmensa ternura a su hijo. No conseguía quitarse aquella idea de la cabeza. Tarde o temprano tendría que contárselo a su padre.

# ELISE Y VINCENT MOMPOU

La Défense, París  
19 de febrero del 2039, 15:02 horas  
(08:02 horas en Chicago)

Los hermanos vestían pantalones ajustados de neolátex y chaquetas aislantes para las bajas temperaturas. El viento era helado. Había dejado de llover, pero el cielo estaba cubierto de nubes ventrudas. Empujaban entre los dos un carro de la compra metálico con provisiones que les impedía avanzar tan rápido como deseaban. Caminar por las calles del que en su día había sido el moderno distrito financiero de París consistía principalmente en sortear escombros. La mayor parte de los rascacielos y construcciones futuristas se habían convertido en un amasijo de hierro, cristales y cemento.

El Quatre Temps, el mayor centro comercial de Europa, fue la zona cero de las seis explosiones que tuvieron lugar trece meses antes en París. Aquel fatídico día otras quince ciudades, las más importantes del país, se convirtieron en objetivos terroristas. Francia, sumida en grandes dificultades desde la gran crisis europea de principios de los años treinta, estaba ya al borde del colapso político, económico y social. Los atentados hicieron que el debilitado sistema se hundiera por completo.

—Elise... —musitó el chico.

Vincent se distinguía de su hermana por el color del pelo. Lo llevaba largo, recogido en una cola de caballo y teñido de granate, mientras que el de Elise era azul cobalto. Eran altos y delgados y a pesar de haber cumplido diecinueve años todavía podían pasar por adolescentes.

—¿Sí, *big brother*?

—Continúa caminando y no mires atrás. Creo que nos siguen.

—¿Quién? —preguntó la chica.

—No sé...

Podía tratarse de saqueadores; el carro de la compra que llevaban era un buen reclamo. Por bastante menos se perdía la vida en ese distrito. Si las cosas se ponían feas, lo abandonarían para huir. Ellos sabían cómo conseguir más alimentos.

Estaban cerca de la Torre Franklin, a la que se dirigían. Era uno más de los muchos edificios abandonados. Su estado era lamentable. Las ventanas y las entradas del piso inferior estaban cubiertas por plásticos que sustituían los cristales desaparecidos hacía tiempo. Los hermanos pasaron de largo para no descubrir su destino a quienquiera que los estuviera persiguiendo. Continuaron por una especie de pórtico que daba paso a un corredor exterior. Elise se puso en guardia: aquel era un lugar perfecto para una emboscada. Intentó caminar más rápido, pero el maldito carro tenía sus limitaciones.

Se sobresaltaron cuando a sus espaldas algo se movió en el pasadizo.

—¡Bu!

Elise se encogió al escuchar el grito y ella misma estuvo a punto de soltar un alarido, asustada.

—¡Nos has dado un susto de muerte! —exclamó Vincent—. ¡Maldita sea!

Gerard, un niño de complexión muy menuda para sus diez años, se abrazó a la chica mientras reía y apoyaba en su vientre el rostro cubierto de pústulas. Tenía el pelo largo y sucio; los rizos rubios apelmazados parecían hechos de lana.



—¡Llevo un rato siguiéndoos! —dijo orgulloso y se apartó ligeramente de Elise.

—¿Cuántas veces te hemos dicho que es peligroso que andes por ahí fuera? —gruñó Vincent.

—¡Hacia tres días que no veníais! —exclamó Gerard.

—No lo vuelvas a hacer —insistió Vincent con un gesto de enfado.

El niño cogió de la mano a Elise. Ella, a pesar del sobresalto, esbozó una sonrisa. Regresaron sobre sus pasos, dispuestos a alcanzar su destino ahora que todo parecía tranquilo.

—¿Cuál de los dos nació antes? —preguntó Gerard rascándose la cabeza.

—Vincent —contestó Elise.

—¡Ajá! —dijo el chico—. Por eso es tan mandón...

—Pero solo tres minutos antes —añadió Elise.

Entraron en la torre y cruzaron el vestíbulo con escombros para tomar la escalera que llevaba al sótano. Al fondo de aquel lugar deprimente, oscuro y húmedo se veía el ligero resplandor de una hoguera.

—Han vuelto —dijo alguien entre las sombras.

Un grupo de personas salió de la oscuridad. Rodearon a Gerard y a los hermanos, a la espera de que Vincent repartiera las provisiones. El chico empezó por el agua.

—Por favor, primero los niños y los ancianos —dijo Elise intentando distinguir entre las sombras a algunos de sus amigos.

—¿Dónde conseguís la comida? —preguntó una mujer mayor, con la cabeza cubierta por tan solo unos mechones de pelo grisáceo.

—No te preocupes por eso —dijo Elise y le tendió agua y una lata de atún.

En La Défense hacía tiempo que era casi imposible encontrar alimentos. Sin embargo, en las zonas menos afectadas de París el abastecimiento solo dependía de tener dinero suficiente para pagar los precios desorbitados del mercado. Vincent y Elise eran

*hackers* y utilizaban diferentes personalidades y tarjetas bancarias clonadas para adquirir provisiones a través de sus dispositivos.

Vincent, con la chaqueta remangada, seguía repartiendo la comida. Las personas que habían conseguido ya su parte, abrían las latas de alimentos y comían utilizando los dedos para saciar el hambre y acallar sus estómagos.

—Come algo tú también —le dijo Elise a Simon, el líder del grupo, que permanecía apartado.

Simon era un bretón rubio y de ojos grises que en su día había sido bróker de una multinacional.

—Tienes que comer —insistió Elise acercándose a él.

—¿Para qué?

—Te necesitan. Ellos creen en ti.

La luz de la pequeña hoguera iluminaba tenuemente el rostro sucio del hombre. Después de los atentados, que habían provocado cientos de muertos, entre ellos su mujer, se había hecho cargo de aquel grupo compuesto por unas cuarenta personas. Ahora, trece meses después, ya no le quedaban más mentiras que contar. No pasaba un solo día en el que no se preguntase si no hubiera sido mejor morir en la explosión.

—Vivimos como las cucarachas. ¿De verdad crees que esto es vida?

—Simon...

—Vosotros venís aquí, hacéis vuestra obra de caridad y regresáis a un lugar seguro. Hasta que os canséis de esto. ¿Pero a nosotros qué nos espera? —preguntó con amargura.

Los gemelos hicieron el camino de regreso a Montparnasse en silencio. Las palabras de Simon resonaban en la cabeza de Elise una y otra vez.

Entraron en el portal del modesto edificio de cinco plantas en el que vivían. Tenían pocos vecinos. Desde los atentados mucha gente había emigrado. El número de habitantes de la ciudad se había reducido a menos de la mitad. Tomaron el ascensor hasta el último piso.

—Hogar, dulce hogar —dijo Vincent al entrar.

Era un apartamento pequeño y funcional, de paredes blancas y luces fluorescentes, en el que no había nada que no fuera estrictamente necesario. Sobre una mesa descansaban varios ordenadores encendidos. Vincent se sentó frente a ellos y se sumergió en su mundo.

Elise, abatida, se dejó caer en una silla. Cerró los ojos y una terrible sensación de tristeza la invadió.